

JORDI RAICH

La teoría de la paz democrática

El éxito de la teoría de que las democracias¹ nunca, o casi nunca, hacen la guerra entre ellas es incuestionable. Lo que Small, Singer y Doyle² comenzaron a finales de la década de 1970 ha desatado ríos de tinta, producido un superventas³ y devenido casi en dogma. Tal notoriedad se debe al hecho de que la teoría de la paz democrática ha sido acogida con entusiasmo por analistas y políticos, incluidos Reagan, Clinton y Bush, padre e hijo, hasta el punto que fomentar la democracia “se ha convertido en la estrella que guía la política exterior norteamericana de la posguerra fría.”⁴ Este artículo defiende que la teoría de la paz liberal no merece la atención que recibe porque no explica de forma satisfactoria las relaciones internacionales.⁵

Basada en la lógica kantiana, la teoría de la paz liberal arguye que las normas e instituciones democráticas limitan el recurso a la guerra y mantienen la paz entre Estados liberales. Los Estados autoritarios, al carecer de esos mecanismos, tienden a la violencia. Según sus defensores, los efectos disuasivos de la opinión pública, el

Jordi Raich es investigador del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH)

¹ Debido a limitaciones de espacio este artículo no abordará las diferencias entre Estados liberales y democráticos y, por razones prácticas, serán considerados conceptos sinónimos.

² Melvin Small y J. David Singer, “The War-proneness of Democratic Regimes”, *Jerusalem Journal of International Relations*, 1976, Vol. 1, N° 4; Michael W. Doyle, “Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs, Part 1”, *Philosophy and Public Affairs*, 1983, Vol. 12, N° 3; y “Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs, Part 2”, *Philosophy and Public Affairs*, 1983, Vol. 12, N° 4.

³ Francis Fukuyama, *The End of History and The Last Man*, Penguin Books, Londres, 1992. Aunque el libro es una defensa hegeliana de las virtudes de la democracia liberal, Fukuyama apoya la teoría kantiana de la paz democrática (cap. 4 y 24).

⁴ Christopher Layne, “Kant or Cant. The Myth of the Democratic Peace”, *International Security*, 1994, Vol. 19, N° 2, pp. 45-46. A menos que se indique lo contrario todas las citas del texto han sido traducidas por el autor.

⁵ No se abordará la discusión desde el punto de vista de liberalismo contra realismo por dos razones: primero porque, en mi opinión, el mayor enemigo de la teoría de la

autocontrol de la estructura política liberal y una tradición cultural basada en la resolución pacífica de los conflictos explican por qué “es imposible identificar sin ambigüedad una guerra entre Estados democráticos desde 1815”.⁶ La ausencia de guerras entre democracias divide el mundo en una “zona de paz liberal”⁷ y una “zona no liberal de guerra”. La conclusión es obvia: cuantas más democracias haya en el mundo, mayor será la zona de paz.

Pero estamos ante una peligrosa, maniquea y condescendiente generalización que, lejos de promover los principios liberales de universalidad y tolerancia, justifica la división, el fanatismo y la violencia en nombre de la paz. Se trata de una teoría retórica, políticamente conveniente y analíticamente débil. De por sí demasiado superficial para el complejo mundo multipolar en el que vivimos, la teoría ha sido todavía más simplificada por los políticos a fin de manipular a la opinión pública y lanzar una nueva cruzada para el fin del milenio.

De la esquizofrenia democrática y otros desórdenes

La tesis de la paz democrática no sólo promulga que las democracias raramente luchan entre ellas, sino también que sus desavenencias son resueltas de forma pacífica y sin amenazas violentas. Sin embargo, la teoría no sostiene que las democracias se comporten de forma pacífica con el resto del mundo, al contrario, admite que no son más pacíficas con respecto a Estados autoritarios de lo que estos últimos lo son entre ellos. Ahora bien, si estalla la guerra entre un Estado democrático y otro autoritario, el primero tiene más posibilidades de ganar el conflicto.⁸

Hasta aquí, estamos ante planteamientos relativamente inocuos. Pero la doctrina de la paz democrática es más peligrosa por lo que no dice que por lo que expone, a saber: que democracia implica paz, justicia, prosperidad y riqueza mientras que la falta de ella conlleva injusticia, corrupción, incapacidad de resolver las disputas pacíficamente, agresión y pobreza. Si las democracias son pacifistas, los Estados autocráticos son belicosos y no hay conflictos entre países liberales, entonces, las naciones autoritarias son las culpables de que haya guerras. En consecuencia, la democracia es el único camino hacia la paz (riqueza...) y cuanto antes eliminemos a los no liberales antes será este un mundo de concordia (prosperidad...): *The West versus the Rest*.⁹

paz democrática no es el realismo sino la teoría misma; segundo, porque esta teoría es una especie de mutación de la propuesta realista de la anarquía internacional, algo así como un estado de guerra regionalizado.

⁶ Bruce Russett, *Grasping the Democratic Peace. Principles for a Post-Cold War World*, Princeton University Press, Princeton, 1993, p. 16.

⁷ Michael W. Doyle, Part. 1, *op. cit.*, p. 213.

⁸ Bruce Russett, *op. cit.*, p. 137; David A. Lake, “Powerful Pacifists: Democratic States and War”, *American Political Science Review*, 1992, Vol. 86, Nº 1, p. 24.

⁹ “Occidente contra el resto [del mundo]” famosa frase acuñada por Samuel P. Huntington, “The Clash of Civilizations?”, *Foreign Affairs*, 1993, Vol. 72, Nº 3, p. 39.

Armados con tal sobredosis de confianza, a pocos sorprenderá que los defensores de la teoría aseguren que la democracia es una forma de gobierno evolutivamente superior a las demás y que, habiendo descubierto las causas de la paz, tengamos en nuestras manos la posibilidad de pacificar todo el globo.¹⁰ Doyle nos da incluso la fecha del advenimiento de lo que él llama “el designio secreto de la naturaleza”: la zona de paz global podría ser una realidad entre los años 2101 y 2113.¹¹

La teoría contiene todos los ingredientes del éxito: es sencilla, atractiva, retadora y tiene ese seductor toque profético. Sin embargo, su pacífica actitud con respecto a otras democracias se transforma en violencia y arrogancia contra todo aquello que sea diferente. Lake habla del “relativo pacifismo de las democracias”¹² y se plantea la pregunta de si se puede hablar también del relativo racismo de Hitler que sólo odiaba a todas las razas excepto a la suya propia.

Los investigadores liberales definen variables, analizan estadísticas y concluyen que el comportamiento de las democracias se explica porque ideología e instituciones trabajan en tándem para dar lugar a la paz democrática. Pero, ni los principios básicos de la teoría ni sus hipótesis son demostrados de forma satisfactoria. En cuanto a sus predicciones, teniendo en cuenta cuán complicado es probar lo que todavía no ha sucedido, habrá que esperar hasta el año 2100.

Juegos conceptuales

Uno de los mayores problemas de la tesis de la paz liberal es que reposa en escurridizas y controvertidas definiciones. Los cimientos de todo el argumento son las nociones de democracia y guerra, tan sutiles que pequeñas alteraciones en las mismas afectan enormemente los resultados obtenidos.

Democracia

Russett combina la opinión de varios estudiosos para circunscribir la democracia. Ésta incluye el derecho a voto de una porción substancial de la ciudadanía, un gobierno o un ejecutivo escogido en elecciones libres y por lo menos tres años de vida democrática.¹³ La subjetividad de conceptos como “porción substancial” o “elecciones libres” y la arbitrariedad de la edad nos ponen en alerta desde un principio. Russett tiene problemas para negar que algunas democracias han hecho la guerra entre sí. Por ejemplo, la Guerra de Cuba (1895-1898) no la consi-

Uno de los mayores problemas de la tesis de la paz liberal es que reposa en escurridizas y controvertidas definiciones

¹⁰ David A. Lake, *op. cit.*, p. 32; Bruce Russett y Harvey Starr, *World Politics: The Menu For Choice*, W. H. Freeman, Nueva York, 1996, p. 327.

¹¹ Michael W. Doyle, Part 2, *op. cit.*, pp. 351-353.

¹² David A. Lake, *op. cit.*, p. 24.

¹³ Bruce Russett, *op. cit.*, pp. 14-16. Ver otras definiciones de Kant en Michael Doyle, “Liberalism and World Politics”, *American Political Science Review*, 1986, Vol. 80, No. 4, p. 1164, y de R. Dalh y A. Lijphart en Raymond Cohen, “Pacific Unions: a reappraisal of the theory that democracies do not go to war with each other”, *Review of International Studies*, 1994, Vol. 20, p. 211.

dera un enfrentamiento entre Estados liberales porque el sistema español “carecía de un ejecutivo responsable.”¹⁴ ¿Es esto un argumento responsable o una salida fácil?

La falta de consenso sobre qué es una democracia resulta, si cabe, más evidente al revisar las tablas compiladas por varios investigadores.¹⁵ Mientras Doyle identifica 50 democracias en 1982, Russett reduce la cifra a 34 en 1986. El primero considera que Sri Lanka, México, Honduras, Senegal e India son Estados liberales, el segundo los tilda de “anocracias”, un difuso término que engloba a 42 países y los coloca en el limbo para ser considerados democracias o autocracias según los requerimientos estadísticos. Además, si se creen las cifras presentadas, la “zona de paz” sufrió un serio revés entre 1982 y 1986.

Consciente de la debilidad conceptual y el desacuerdo sobre qué es una democracia, Owen introduce la idea de que las percepciones de los actores importan. En otras palabras, una cosa es un académico otorgando el título democrático a un par de países y otra es cómo los Gobiernos de esos países se consideran entre ellos. Este autor argumenta que durante la I Guerra Mundial Alemania no era una democracia porque la mayoría de franceses, británicos y estadounidenses la consideraban autoritaria.¹⁶ Efectivamente, las percepciones importan, pero, irónicamente, intentando defender la teoría de la paz democrática la debilita más introduciéndonos en el nebuloso mundo de las sensaciones. También los países autoritarios tienen percepciones y, con frecuencia, se consideran a sí mismos y a sus vecinos perfectamente democráticos. Así pues, una guerra entre Libia y Sudán ¿debería ser considerada como una guerra entre democracias?

Guerra internacional

Definir la guerra parece más sencillo: es un enfrentamiento armado entre Estados soberanos (internacionalmente reconocidos) con un mínimo de mil muertos en el campo de batalla.¹⁷ Unos criterios restrictivos diseñados para eliminar del recuento las guerras coloniales, de liberación, periféricas, de guerrilla, las acciones encubiertas y conflictos en los que pocos soldados perecen y miles de civiles mueren.

¹⁴ *Ibidem.*, p. 19. Ver seis ejemplos más de guerras entre ‘dudosas’ democracias en *ibidem.*, pp. 18-20.

¹⁵ Ver tablas en Michael Doyle, “Liberalism and World Politics”, *op. cit.*, p. 1164, y en Bruce Russett, *op. cit.*, pp. 94-98. Aplicando condiciones aún más restrictivas, Lijphart identifica sólo 21 democracias en 1980, ver Raymond Cohen, *op. cit.*, p. 211. Fukuyama modifica las tablas de Doyle y lista 61 democracias en 1990. Fred Halliday identifica sólo 24 democracias liberales en 1994, ver Halliday citado en John Baylis & Steve Smith (eds.), *The Globalization of World Politics*, Oxford University Press, Nueva York, 1997, p.156.

¹⁶ John M. Owen, “How Liberalism Produces Democratic Peace”, *International Security*, 1994, Vol. 19, Nº 2, pp. 91, 96 y 121.

¹⁷ Bruce Russett, *op. cit.*, pp. 12-14. En el umbral de mil muertos no se especifica ningún criterio temporal.

Russett piensa que el umbral de mil muertos es arbitrario pero razonable,¹⁸ cuando es sabido lo difícil que es obtener cifras fiables debido a la constante manipulación de las mismas por las partes enfrentadas. Además, cuando el cuerpo de un soldado no es recuperado se da por desaparecido, no por muerto. De este modo, por una razón o por otra, los EEUU derrocando el régimen democrático de Allende, la primera guerra entre etíopes y eritreos, el enfrentamiento entre Argelia y Francia o las luchas en los Grandes Lagos no son considerados conflictos internacionales o ni siquiera conflictos.

Imaginemos que un misil anestésico es inventado. Silencioso, indetectable y volando a baja altitud sobre el objetivo nuestra nueva arma secreta disuelve en el aire una poderosa droga que deja dormida a la totalidad de la población. Cuando ésta despierta el país ha sido ocupado por una potencia extranjera, el Gobierno ha sido depuesto y el ejército local desarmado. No se ha disparado un solo tiro, nadie ha muerto y la infraestructura permanece intacta. Tal situación, ¿contaría como guerra? Si respondemos que sí entonces hemos cambiado la definición de guerra dada por los defensores de la paz liberal y tendremos que aceptar guerras entre democracias como el enfrentamiento entre Finlandia y los Aliados durante la II Guerra Mundial o la guerra entre Israel y el Líbano de 1967. Si la respuesta es no, la teoría de la paz democrática se convierte en irrelevante pues con esta nueva arma no habrá más muertos y por lo tanto tampoco más guerras. Con el nuevo misil, Argentina podría recuperar las Malvinas e Irlanda unificarse de forma pacífica sin declarar la guerra al Reino Unido.¹⁹ Finalmente, ¿acaso ciertas guerras civiles, como la estadounidense, no podrían considerarse como guerras de la democracia contra sí misma?

La definición de guerra internacional propuesta es insuficiente y anticuada. La percepción de la guerra de los inventores de la paz liberal no ha evolucionado desde la segunda guerra mundial, pero la mentalidad de los políticos, combatientes y civiles sí lo ha hecho y de forma espectacular. Acciones encubiertas, ataques a distancia con bombas inteligentes, armas químicas y nucleares, tácticas de guerrilla, terrorismo, políticas de cero bajas, fuerzas irregulares, paramilitares, empresas privadas de mercenarios, operaciones de imposición de paz, embargos comerciales, movimientos pacifistas, mediatización de los conflictos... han transformado la sociedad de tal modo que "la incidencia de la guerra en el mundo moderno ha disminuido mientras que la de otras forma de intervención armada ha aumentado".²⁰

Paz

Una de las paradojas de la teoría es que intentando relacionar democracia y paz los investigadores definen democracia y guerra. Sin embargo, llegado el momento de las conclusiones, su retórica sutilmente retoma la palabra paz vendiéndonos la falsa idea

¹⁸ Bruce Russett, *op. cit.*, p. 12.

¹⁹ Esta posibilidad existe ya en el mundo analítico sin necesidad de inventar nuevos misiles. Basta con mantener, o manipular, el número de combatientes muertos por debajo de 1000.

²⁰ Holsti citado en Cohen, *op. cit.*, p. 217.

de que la ausencia formal de guerra conlleva un entorno pacífico. Mientras se podría estar de acuerdo con una definición restrictiva de democracia, por el bien de la propia democracia, una definición restrictiva de la guerra sólo va en contra de la paz.

Pacifistas violentos

La teoría de la paz liberal es perturbada y errática. Justifica la violencia porque está convencida, más por ideología que por estadística, de que ha alcanzado “el estadio final de forma de organización social”.²¹ “Mientras que las guerras contra otras democracias no son ni previsibles ni legítimas, las guerras contra Estados autoritarios pueden ser ambas cosas”.²² Se usa y abusa de la paz y proliferan expresiones del tipo “poderoso síndrome pacifista,” “progreso kantiano” o “antídoto democrático”²³ destinadas a crear un entorno agresivo y reproducir la anarquía realista entre los miembros de la “zona pacífica” y el resto del mundo.

En este proceso las democracias asumen, erróneamente, la exclusiva de una serie de principios y acciones. En primer lugar, consideran la democracia como monolítica sin llegar a comprender cómo los africanos se atreven a adaptarla a su propia filosofía de gobierno²⁴ y sin aceptar que otras culturas puedan optar por un modo de organización diferente. Esta actitud liga con la noción de la supremacía de los valores occidentales y la necesidad de propagarlos a fin de acabar con la guerra, una práctica en la cual el liberalismo destruye formas tradicionales de vida favoreciendo el conflicto que pretende evitar. Muchas culturas rechazan el egoísta individualismo occidental porque sus sociedades se basan en la familia extendida y la propiedad comunal.

Otra presunción de la escuela de la paz liberal es que sólo las democracias son capaces de resolver las disputas de forma pacífica porque los gobernantes tienen que asumir los costes políticos de la guerra. Aunque ello sea cierto, no lo es menos que los Estados autoritarios también cooperan, resuelven desavenencias sin recurrir a las armas,²⁵ firman y cumplen tratados bilaterales y multilaterales con democracias y tiranías, crean organizaciones regionales²⁶ (algunas formadas casi

²¹ Francis Fukuyama, *op. cit.*, p. xi.

²² Bruce Russett, *op. cit.*, p. 32.

²³ David A. Lake, *op. cit.*, pp. 5 y 24; Michael W. Doyle, “Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs, Part 2”, *op. cit.*, p. 352.

²⁴ En África casi siempre se combinan política de gobierno y etnicidad de forma que los líderes, elegidos o no, colonizan el Estado. Tal vez no debería llamarse democracia pero esa es la versión africana de la democracia occidental y es lo que hacen con la mayoría de valores u objetos que reciben de otras culturas. Todo se africaniza. El dios cristiano comparte altar con deidades locales, aburridos coches japoneses son repintados de mil colores, se establece una diferencia entre las llamadas enfermedades de blancos, que se tratan en el hospital y enfermedades locales para las que acuden al hechicero...

²⁵ La disputa del Canal del Beagle entre Argentina y Chile o las devoluciones del Canal de Panamá y de Hong-Kong son algunos ejemplos.

²⁶ Como por ejemplo la OAU, ASEAN, ECOWAS, MERCOSUR, AFTA, UDEAC...

exclusivamente por Estados no democráticos) y forman parte de organismos internacionales como las Naciones Unidas donde juegan con las reglas democráticas. La diplomacia no es propiedad exclusiva de las democracias. No sólo los demócratas están expuestos a los costes políticos de sus decisiones, los autócratas también miden el precio de sus actuaciones y muchas dictaduras latinoamericanas colapsaron bajo la presión del descontento popular.

Las democracias no tienen el secreto de la paz porque no son pacifistas. El 78% de los británicos apoyó a su gobierno en la guerra contra Argentina de 1982, lo que plantea la pregunta de si la reacción no sería la misma si, por ejemplo, España ordenara al ejército ocupar Gibraltar. Más allá de la “zona de paz democrática”, no es el infierno. Es una irresponsabilidad concluir que el problema de fondo es la existencia de Estados no liberales y la solución es la replicación de modelo democrático liberal.²⁷

Si es cierto que las democracias, sus ciudadanos y sus políticos no son violentos, si es cierto que la paz es parte de la naturaleza intrínseca de toda democracia: ¿por qué entonces las democracias han librado tantas guerras como los países autoritarios?²⁸ Porque la causa principal de la guerra no es el autoritarismo ni la causa de la paz es la democracia. Porque la causa de la guerra es la violencia y ésta existe en todas las sociedades independientemente del sistema político con que se rijan.²⁹ Porque la violencia esconde intereses económicos y políticos, pobreza, injusticia, desigualdades, odio, afrentas históricas, ambición, intolerancia cultural... Demasiado complejo para ser explicado por una proposición tan simplista como la hipótesis de la paz liberal.

Si se tratara de una teoría basada en un amplio estudio dentro del contexto de la violencia podría ser más creíble. Pero tratándose de una investigación fundada en definiciones hechas a medida y una pequeña muestra de conflictos durante un período de tiempo muy corto, no es nada persuasiva. Es como una frase fuera de un contexto que ni siquiera existe. Por esta razón, la teoría no explica por qué democracias derrocan demócratas para instalar a dictadores (EEUU contra Allende); por qué dictadores derrocan dictadores para instalar a demócratas (Nigeria en Sierra Leona); por qué democracias apoyan a radicales (EEUU y Pakistán a los Mujahidin y los Talibán); por qué tienen aliados autócratas (EEUU/ Arabia Saudí, Francia/ex-Zaire); intervienen en guerras entre Estados no democráticos (guerras periféricas, Irak-Kuwait); padecen guerras civiles (EEUU, Filipinas); no les importa que ciertos procesos democráticos sean interrumpidos por las armas (Argelia);

²⁷ John MacMillan, “A Kantian Protest Against the Peculiar Discourse of Inter-Liberal State Peace”, *Millennium*, 1995, Vol. 24, No. 3, p. 551.

²⁸ Ver Levy citado en Cohen, *op. cit.*, p. 209.

²⁹ El futuro no parece muy prometedor si creemos los resultados de la encuesta de opinión de *The Guardian/ICM* sobre el apoyo de los británicos al bombardeo de Irak. La encuesta demostró que el 65% de las personas entre 18 y 25 años eran las más defensoras de la acción militar, mientras que las mayores de 65 eran las menos entusiastas. “Ello sugiere que la creencia tradicional de los últimos 30 años sobre la existencia de arraigadas convicciones pacifistas entre la juventud ya no es cierta”. Ver *The Guardian Weekly*, 15 de febrero de 1998, Vol. 158, No. 7, p. 1.

apoyan dictaduras presentándolas como democracias (Uganda); no se ponen de acuerdo sobre cómo tratar a países no democráticos (uso de la fuerza o no sobre Irak, bloqueo de Cuba).

“Zona de paz”, zona de espejismos

En el supuesto de que se acepten las definiciones dadas; si se hace caso omiso del análisis matemático, que la teoría de la paz liberal no pueda probarse estadísticamente no quiere decir que sea falsa; si se consiente que sólo en contadas ocasiones las democracias han luchado entre sí, serán las excepciones que confirmen la regla; y si se limita el periodo de tiempo durante el cual la teoría parece más convincente de la II Guerra Mundial en adelante; ya se está preparado para creer que “entre las economías de mercado desarrolladas –los países capitalistas e industrializados de la OCDE, de Europa y EEUU, Canadá, Japón, Australia y Nueva Zelanda– no ha habido una sola guerra u otro conflicto violento desde 1945”.³⁰

Pero, como apunta Cohen, “la cuestión crucial aquí es precisamente qué significa tal observación”.³¹ La observación significa que durante un corto periodo de tiempo un pequeño grupo de países no ha hecho la guerra. Pero, sólo consideramos 50 años y 24 democracias liberales, el 12% de países del mundo.³² Jugando con las mismas reglas no resulta difícil formular otras teorías que contradigan la de la paz democrática. Así, durante los últimos 90 años América Latina y el Caribe (39 países) ha sido una zona de paz independientemente del régimen político en el poder.³³ Algo parecido puede decirse de África (53 países), desde que fue descolonizada en los 60.³⁴ De hecho, es pasmosa la estabilidad del continente africano dada la artificialidad de sus fronteras.

³⁰ Bruce Russett y Starr, *op. cit.*, p. 326. Los autores aceptan que el enfrentamiento entre Grecia y Turquía sobre Chipre es una excepción.

³¹ Raymond Cohen, *op. cit.*, pp. 207-208.

³² A Russett le gusta usar la cifra de 800 millones de personas (de las cuales 420 están en sólo dos países, los EEUU y Japón) viviendo en la “zona de paz”. Sin embargo, ello es equivoco porque estamos hablando de democracias, no de demócratas (además en una democracia no todo el mundo es demócrata). Es más correcto y menos impresionante hablar del número de países de la “zona de paz” y de su peso relativo. Para las cifras de población ver Eduard Bos et al., *World Population Projections 1994-95*, World Bank/The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1994, pp. 18-21. Sobre miembros de la OCDE ver www.oecd.org/about/member-countries.html

³³ Las únicas excepciones que prueban la regla son la Guerra del Chaco (1932-35) y la Guerra del Fútbol (1969). Perú y Ecuador se han enfrentado varias veces en 1969, 1981 y 1995, pero el número de muertos fue mínimo y por lo tanto, según las reglas, no cuentan como guerras.

³⁴ África es un continente devastado por las guerras internas pero los conflictos internacionales son raros. Aplicando los criterios de los defensores de la teoría las únicas guerras internacionales fueron la de Ogadén (1976), la de Uganda y Tanzania (1978) y la de Etiopía y Eritrea (1998). Usando los criterios de Russett la guerra de Etiopía y Eritrea de 1974 y las de los Grandes Lagos fueron todas guerras internas.

Llevando el argumento un paso más allá, si no hay guerras entre democracias, ni entre los países de América Latina ni los de África, tal vez los conflictos internacionales sean eventos poco frecuentes. Cualquier anuario del SIPRI³⁵ de los últimos años confirma que casi todas las guerras de las últimas décadas han sido de carácter interno. Ello no significa que no haya tensiones entre vecinos, al contrario, hay 84 disputas fronterizas en el mundo,³⁶ una observación que sólo hace más sorprendente la escasez de conflictos internacionales. Entonces, “si todas las naciones tienden a evitar la guerra, la hipótesis de que las democracias no luchan entre ellas pierde casi toda su fuerza”.³⁷

Si sólo el 12% de países es democrático y los conflictos internacionales son excepcionales, tal vez deberíamos sorprendernos de ver democracias luchando entre ellas en vez de asombrarnos de que no lo hagan. Además, si existen “zonas de paz” tanto democráticas como autoritarias entonces o la paz se explica porque ambos sistemas políticos son lo mismo, o porque hay algo más. Los estudiosos hablan de economías interdependientes, respuesta a amenazas comunes y valores e historia similares como posibles causas de la paz entre democracias y, no democracias. Pero, pese a todo, tal vez aún se nos escapa algo. Tal vez haya pocos conflictos internacionales a expensas de los 50 conflictos internos que matan cada año a decenas de miles de personas, en su mayoría civiles. ¿No somos víctimas de un espejismo que nos impide ver que la “zona de paz” contiene muchas “zonas de guerra”?

Una teoría inventada

La teoría de la paz liberal es un artefacto estadístico basado en conceptos subjetivos creado para explicar hechos que no existen. “Es solamente la elasticidad intelectual —la continua alteración de las definiciones y categorías— lo que permite a los teóricos de la paz democrática afirmar que las democracias no luchan entre sí”.³⁸

En primer lugar, la teoría es una invención reduccionista llena de prejuicios que justifica la falta de solidaridad más allá de la “zona de paz” y el intervencionismo en función del tipo de régimen, no en base a su comportamiento. Se trata de una manipulación de las propuestas de Kant que persigue presentar como aceptable la arrogancia del fuerte ante el débil. En segundo lugar, es una observación que, aunque fuera correcta, pierde toda su fuerza y exclusividad cuando

El conflicto del Sahara no contaría porque no es un país internacionalmente reconocido. Las acciones de Nigeria en Sierra Leona tampoco cuentan porquen “sólo” un centenar de muertos ha sido reportado.

³⁵ Stockholm International Peace Research Institute, *SIPRI Yearbook*.

³⁶ 19 en Europa, 20 en África, 12 en Oriente Medio, 17 en Asia, Lejano Oriente y Oceanía, 15 en América y las disputas sobre Antártica. Ver John B. Allock et al., *Border and Territorial Disputes*, Longman, Essex, 1992.

³⁷ David Spiro citado en Layne, *op. cit.*, p. 39.

³⁸ Chistopher Layne, *op. cit.*, p. 40.

se demuestra que tanto las democracias como los conflictos internacionales escasean. Finalmente, la teoría pasa de proponer que las democracias no luchan entre sí a profetizar que un mundo con sólo democracias sería un remanso de paz, algo imposible de probar.

El que cada vez haya más países liberales no demuestra ni apoya la teoría. Además, muchas de estas democracias son jóvenes, inestables, nacidas del colapso de la URSS, algunas con un futuro incierto. En todo caso, un planeta democrático tampoco sería un mundo homogéneo. La democracia no es algo que pueda transplantarse a otro país sin sufrir alteraciones porque depende de una delicada combinación de convenciones, costumbres, tradiciones, precedentes, instituciones y creencias. Las consideraciones estratégicas influyen en las decisiones políticas independientemente del sistema de gobierno del país, por ello “cuando el interés nacional aconseje la guerra contra una democracia los liberales redefinirán al otro país como despótico; cuando se requiera la paz con un régimen autocrático lo redefinirán como democracia”.³⁹

En el país de las maravillas liberal tal vez la democracia sea la pócima mágica que erradicará los conflictos internacionales, la desigualdad y la opresión. Pero en el mundo real no hay diferencia entre las balas internacionales o las nacionales: ambas matan. La guerra seguirá existiendo porque la violencia es también una condición individual y social, no sólo estatal. Con frecuencia, no es una cuestión de voluntad sino de supervivencia: las tensiones debidas al crecimiento demográfico, migración, comercio, escasez de agua, descenso de la productividad agrícola, no hacen más que aumentar.

Haciendo hincapié en las diferencias, e ignorando las similitudes, la teoría de la paz liberal nos conduce al imperialismo del siglo XXI, no a la “paz perpetua” que soñó Kant. El reto crucial no es la creación de más democracias sino el desarrollo de las condiciones necesarias para superar los prejuicios, injusticias, desigualdades y violencia presentes tanto en Estados liberales como en no democráticos.

³⁹ John M. Owen, *op. cit.*, p. 120.